

EL CAFÉ EN EL ANTIGUO CALDAS

La Colonización

Era muy difícil la situación económica de la región antioqueña desde 1780 y fue esta la razón que motivó las migraciones hacia las tierras del sur, consideradas baldíos del Estado. La inmensa zona de abundantes bosques era conocida por medio de las leyendas de viajeros. En el pasado fue asiento de numerosos cacicazgos indígenas pero finalizando el siglo XVIII las referencias que se tenían era por la población colonial de Arma y por el Camino Real que unía a Medellín con Popayán y pasaba por Arma y, el Paso de Bufú en el río Cauca, hacia las minas de Marmato.

Los colonos de fueron desplazando lentamente siguiendo el curso de quebradas y ríos, lo mismo que la dirección de la cordillera para orientarse y estudiar el paisaje. Por esto los caminos de colonización seguían los accidentes del terreno por alturas impresionantes dando rodeos aparentemente inútiles. La montaña a colonizar debía ofrecer estas cuatro condiciones: agua, madera (en especial guadua y arboloco), frutales y una rica fauna de animales comestibles. Se buscaba que la región tuviera buen clima y se preferían las tierras frías, consideradas más sanas que las cálidas.

Seleccionado el terreno el primer paso era construir un rancho de “vara en tierra”, o de “palo parao”, con guadua o arboloco y se techaba con hojas de yarumo o con latas de guadua. Después los colonos enfrentaban al bosque. Esta etapa comprende la “socola” que es limpiar la montaña de bejucos, malezas y arbustos pequeños para después derribar los grandes árboles. Más tarde, en el verano, vendría la quema.

Preparado el terreno se organizaba la parcela que comprendía las siguientes fases: la roza que se basa en el cultivo del maíz y el frijol; la sementera, que comprende la yuca, el plátano y la caña de azúcar; la huerta, donde se siembran plantas medicinales y unos cuantos granos de café. Al mismo tiempo se organiza el gallinero y poco a poco se mejora la vivienda.

Se debe tener en cuenta que el colono no improvisaba y antes de viajar en busca de tierra indagaba sobre el terreno a colonizar y se preparaba con herramientas, semillas, plantas medicinales y de adorno, pero además no podían faltar las gallinas y de pronto los cerdos. En esta expedición participaban hijos, primos y tíos pues era una empresa auténticamente familiar. La familia era la clave del proceso, un hombre sólo no podía colonizar pues esta actividad significaba internarse en el bosque durante varios años, empresa que sólo podía acometer el dinamismo familiar por las posibilidades de la división del trabajo.

Pasan los años, se desarrollan las relaciones de mercado y el colono, transformado en campesino, logra acumular algún dinero fruto del ahorro familiar. El siguiente paso es organizar el trapiche panelero para moler la caña y satisfacer sus propias necesidades de

miel, panela y aguardiente y se perfila a montar una finca autosuficiente que al mismo tiempo produzca excedentes para el mercado. Por ejemplo, los colonos ubicados cerca de la rica población de Marmato vendían aguardiente, panela, maíz, frijol y café y de este modo obtenían dinero para comprar herramientas.

Cuando el colono vivía alejado de los mercados producía para el autoconsumo, por eso durante los primeros años de colonización el café hacía parte de su dieta diaria para acompañar el agua de panela, o solo (dulce o amargo), como una bebida elegante. Su cultivo era fácil, pues se sembraba en la sementera y se despulpaba a mano o en pilón de madera. Después del secado se tostaba en una sartén o en callana mezclándole un poco de panela para darle color, por último se molía y quedaba listo para el consumo.

La etapa de los pioneros

Hacia 1850 la colonización era un fenómeno generalizado en buena parte del futuro departamento. Para este año ya se habían desarrollado los pueblos de Aguadas, Pácora, Salamina y Neira, se había fundado Manizales y nuevos grupos de colonos estaban tumbando montañas en las regiones de Risaralda y el Quindío. Pero tras las huellas de los pioneros llegaron los empresarios o personas acomodadas que aprovecharon los nuevos mercados que estaban creando las guerras civiles para organizar haciendas ganaderas, cultivos de caña y tabaco. Al mismo tiempo se vincularon a la producción minera y al comercio. Estos empresarios engancharon como peones a colonos sin tierra o a hijos de campesinos y lograron animar buena parte del territorio.

En este punto empieza la etapa de los pioneros cultivadores de café en forma empresarial. Se puede afirmar que la economía cafetera apareció cuando la colonización había penetrado gran parte del antiguo Caldas y cuando se disponía de agricultura estable, acumulación de capital y abundante mano de obra.

En esta fase se recuerda el nombre de Eduardo Walker Robledo, de Sonsón, quien organizó una pequeña plantación en su finca La Cabaña, cerca de Manizales. Cinco años más tarde Fernando Jaramillo Mejía organizó un cultivo en Palestina y en 1870 los fundadores de Manizales Marcelino Palacio y Manuel Grisales, hacendados y comerciantes de cacao plantaron cafetales en sus fincas Sebastopol y La Playa, cerca a Chinchiná. Su ejemplo fue seguido por Justiniano Mejía quien organizó su pequeña plantación en Quebradanegra, en Neira, y por Julián Mora con otro cultivo en su finca San Carlos, en Palestina.

Empresarios cafeteros. La cultura del café

En 1878 llegó a Manizales don Antonio Pinzón, santandereano, casado con la antioqueña Mercedes Posada, quien inauguró la verdadera etapa de la caficultura en la región. Don Antonio conocía muy bien la caficultura en Santander y en Antioquia y aprovechó las ventajas que ofrecía Manizales y las regiones de colonización: tierra barata, suelos

enriquecidos con ceniza volcánica, temperatura ideal, abundante mano de obra, y buenos caminos de herradura para buscar los mercados.

Por estos años don Luis Jaramillo Walker sembró un cafetal “técnico” en su hacienda La Julia en Pereira, su ejemplo arrastró a otros empresarios de la región. El alza de precios de 1887 estimuló a muchos empresarios que se interesaron en la economía cafetera, para ello utilizaron las ganancias que producían la ganadería, las minas, la arriería, el comercio y el remate de rentas del Estado, pues montar una finca de café exigía una alta inversión que no daba utilidades hasta que los arbustos empezaban a producir. Buena parte de los gastos se orientaban a cubrir los salarios para desmontar los bosques, preparar el terreno y organizar los cultivos durante varios años.

Desde el norte de Caldas hasta el Quindío, se presentó un fenómeno que favoreció el montaje de fincas cafeteras. Se trata de la finalización de la colonización porque se agotaron los bosques libres o del Estado. En antiguas áreas de colonización surgió un exceso de trabajadores, campesinos sin tierra, por lo tanto los salarios eran bajos y los hacendados no estaban obligados a establecer términos especiales de contratos para atraer mano de obra.

Esta mano de obra fue incorporada a la formación de haciendas cafeteras y los empresarios podían utilizar formas no capitalistas como el peonaje y la aparcería. El proceso funcionaba de un modo muy simple y práctico para las partes: el empresario contrataba peones – casados y con hijos- como agregados, les pagaba un jornal barato y les señalaba un bosque de 40 hectáreas para que lo abrieran. Después de la quema les pagaba para que sembraran maíz en compañía y después de la cosecha lo vendían; con el redrojo, o maíz de mala calidad, se engordaban cerdos, también en compañía. Este proceso se podía repetir por dos o tres cosechas al cabo de las cuales los agregados eran contratados como aparceros, vivían en la finca, y recibían parte de la cosecha como salario. Su tarea, ahora, consistía en sembrar arbustos de café. Este sistema de contratación de mano de obra funcionó sin problema hasta la “Ley de tierras” de 1936 y garantizaba trabajo permanente para el aparcerero y su familia y la tranquilidad para el propietario que contaba con mano de obra calificada y confiable. Además, la aparcería estimuló unas relaciones paternalistas de producción que ofrecían paz y seguridad en el departamento, hasta la violencia de 1948.

Mientras esto sucedía en la gran propiedad, los campesinos de antiguas zonas de colonización se incorporaron también, con relativa velocidad, a la economía cafetera. Los sectores dirigentes de las principales ciudades (Manizales, Salamina, Riosucio, Pereira, Armenia, Calarcá, Manzanares y Santa Rosa) se dedicaron a predicar sobre las bondades del cultivo del café, por su fácil mercadeo. Esta campaña se divulgaba no sólo en los mercados de las localidades, en los púlpitos y confesionarios de las iglesias, sino también en los periódicos locales lo que se puede observar en los semanarios “La Serenata” (1878) y “Los Ecos del Ruiz” (1880).

El campesino, dueño de su parcela, por el proceso colonizador llegó a la economía cafetera y a la cultura del café favorecido por la funcionalidad de su finca. Casi todas las parcelas de los pequeños campesinos disponían de roza, sementera, trapiche panelero, huerta, gallinero, corral para cerdos, manga para la vaca y potrero para el caballo. Es una “tacita de plata”

que produce para las necesidades de la familia y unos excedentes para el mercado. En general sólo los campesinos ubicados cerca de los pueblos, minas de oro, fondas y posadas podían mercadear los sobrantes con facilidad.

Como esta no era la situación de la mayoría de los campesinos, cuando se presentó la posibilidad de incrementar el cultivo del café dedicaron un porcentaje de la tierra para ello. De otro lado no estaban obligados a comprar despulpadoras y a organizar ramadas, oreadores y patios para secar el café, pues los grandes hacendados compraban el café en cereza y lo beneficiaban de un modo centralizado.

Para 1900 se había salvado la economía cafetera y cuando se creó el departamento de Caldas, en 1905, la clase dirigente se preocupó por trazar caminos de herradura para unir las fincas con los pueblos y a éstos con las ciudades principales donde estaban ubicadas las trilladoras. Pensando en la exportación se organizaron importantes caminos de herradura (el Ruiz, Aguacatal y La Moravia) que unían a Manizales con el río Magdalena. Otros caminos como el de Manizales, Pereira, La Virginia y Manizales, Anserma, La Virginia, llegaban al puerto de la Virginia donde se embarcaba el café en vapores por el río Cauca hasta Cali y luego en ferrocarril a Buenaventura. Mientras tanto se empezó a trazar la vía férrea hasta Manizales y se inició la construcción de cables aéreos para facilitar la política de exportación e importación. Después llegaron las carreteras.

Las vías de comunicación y la cultura cafetera empezaron a unir el departamento pues la región se había formado con zonas segregadas de Antioquia, Tolima y Cauca. Además, la colonización no fue homogénea: los antioqueños penetraron por el norte y fundaron los pueblos de Arma, Aguadas, Pácora, Salamina, Aranzazu, Filadelfia, Neira y Manizales entre otros. La colonización en Marmato, Supía, Riosucio y Anserma se enriqueció con la mezcla cultural de antioqueños, caucanos, europeos, indígenas y negros. Los pueblos del oriente (Pensilvania, Manzanares, Victoria, Samaná y La Dorada) fueron el resultado de colonos antioqueños y tolimenses. El sur, desde Villamaría hasta Pereira y el Quindío, recibió la influencia de antioqueños, caucanos y tolimenses. El valle del río Risaralda fue colonizado por negros, antioqueños y caucanos. El occidente fue fruto de la colonización antioqueña en resguardos indígenas. Desde principios del siglo XX se inició la colonización boyacense en las poblaciones frías de Marulanda, San Félix y en el páramo del Ruiz.

La cultura cafetera creó mercado interno y unió las regiones caldenses entre sí, las integró a la economía nacional y relacionó el departamento con el mundo. Pero, además, el café hizo surgir una capa media fuerte y estable. Cuando se fundaba una colonia se repartían 12.000 fanegadas entre los colonos fundadores. Si cada colono era beneficiado con ocho fanegadas ello significa que 1500 campesinos recibían tierra. Luego llegaban los hacendados y empresario compraban tierra a las compañías monopolizadoras y por último entraban nuevas oleadas de colonos que no recibían parcela pero que se convertían en mano de obra. Esa capa media de campesinos acomodados y los trabajadores asalariados tienen capacidad de compra por lo que favorecen el desarrollo del mercado interno. Al mismo tiempo las ganancias que producía la economía cafetera impulsaron el capital bancario, el comercio y el incipiente desarrollo industrial.

Por último, continuaron su impulso acelerado las ciudades de Manizales, Pereira y Armenia. Había surgido el llamado “Departamento Modelo” de Colombia, pues parte de las ganancias del café convirtió en bienestar social para la región.

Un pacto por la región.
Informe regional de desarrollo humano
UNDP Colombia, 2004
Pag. 38-40